

## Texto Jeremiah 33:14-16

Algunos días son más importantes que otros.

Cuando observas tu vida, es muy probable que te des cuenta de que, algunos días vividos se destaquen, puesto que no todos los días son iguales. Algunos días rápidamente son olvidados no simplemente no tienen nada que sobresalga. Pero algunos días sobresalen bastante y los mantenemos en la memoria.

Por ejemplo, no se si ustedes tienen en su memoria el día que se llegó a la luna, o cuando el muro de Berlín fue derribado, o cuando los aviones chocaron con las torres gemelas en NY, estos son algunos eventos conocidos mundialmente.

Pero, todos nosotros tenemos algunos recuerdos muy personales, una navidad, cumpleaños, unas vacaciones especiales, el primer día de trabajo, una fiesta de bodas, pero también algún día de dolor o de tragedia, algunos días son mas importantes que otros.

En nuestra lectura del Antiguo Testamento, Jeremías habla al pueblo de Jerusalén sobre algunos días sumamente importantes, cruciales y destacados. "Esos días" suenan como algunos días bastante buenos. Jeremías declaró que "esos días" están llegando, pero aquí en esta casa de adoración, reunidos aquí ante esta cruz, celebramos que "esos días" ya han llegado. Vinieron con el advenimiento de Jesucristo. Hace mas de dos mil años, Dios estaba caminando por nuestro mundo como nosotros, de carne y hueso.

Jesús vino predicando las buenas nuevas del reino de Dios, sanando a los enfermos y expulsando demonios, sufriendo y muriendo por nuestros pecados en la cruz, y resucitando al tercer día, luego ascendiendo al Padre. *Esos* fueron los días, los días en que nuestro Salvador, Jesús, caminó visiblemente en nuestro mundo y ganó nuestra salvación. Son los días más importantes que este mundo haya visto jamás. Son la pieza central de la historia humana.

Los días de Jesús en la tierra son "esos días" que traen significado y esperanza a todos los demás días, antes y después.

I.

Jeremías, el profeta, direcciono al pueblo hacia "aquellos días". Pero la gente de la época de Jeremías, como las personas de todas las épocas, estaban más interesadas en sus propios días, en las necesidades de sus propias vidas. *"Estos son los días."*

*Estos son los días que cuentan... Para mí.*

*Estos son los días en los que me preocupo porque tengo que ver mi futuro, tengo que preocuparme de hacer deporte, mis días para descansar y no hacer nada, este es mi día para fiesta.*

*Tengo que comprobar cómo será mi jubilación para que mis días sean seguros, tengo que ver muchos lugares y países del mundo, etc.*

Y como saben, en la presión de tales preocupaciones, muchos israelitas se desviaron hacia otras fuentes de ayuda. Descuidaron las palabras de los profetas de Dios; abandonaron el culto a Dios. En su lugar, se volvieron hacia falsos dioses y profetas.

Se dirigieron a profetas cuyos mensajes se centraban en el aquí y el ahora. Se dirigieron a los dioses de los pueblos vecinos, dioses cuyo culto se centraba en garantizar una buena cosecha para este año, o en protegerlos de los peligros actuales, o en multiplicar el número de sus rebaños. Siglo tras siglo, los israelitas habían abandonado a su Dios para correr tras dioses falsos y centrarse en sus necesidades actuales.

Y siglo tras siglo, Dios había enviado verdaderos profetas a su pueblo para advertirles y hacerles retroceder, para llamarles de nuevo a la esperanza en las promesas de Dios para "aquellos días": los días venideros del Mesías.

Finalmente, en la generación de Jeremías, la paciencia de Dios con Jerusalén terminó. En castigo por su incredulidad e idolatría, Dios anunció que traería a los babilonios contra Jerusalén. Le dijo a Jeremías que había tomado la decisión de destruir la ciudad, y que nada podría cambiarla.

Esa fue la situación en la que se expresó nuestro texto de este día. Jeremías había anunciado al pueblo que se acercaba una gran destrucción, enviada por la propia mano de Dios: los imparables ejércitos de Babilonia. Al pueblo de Jerusalén en esta situación desesperada, Jeremías le dice las palabras de nuestro texto: "He aquí que vienen días, dice el Señor, en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá.

En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar un renuevo justo para David, y él hará justicia y rectitud en la tierra. En aquellos días [en sus días] Judá se salvará, y Jerusalén habitará con seguridad" (vv 14-16).

La palabra para "tiempo" en hebreo es: יוֹם => yóm. Día (puesta de sol)

¿Qué tipo de reacción supones que tuvo Jeremías ante estas maravillosas palabras de promesa? Bueno, ¡la mayoría de la gente lo despreció! Algunos comentarios pudieron ser así: "¡Vete de aquí, Jeremías, ¡y llévate tus promesas irrisorias de algún día! No necesitamos un Dios que nos ayude 'en esos días'.

Estamos cansados de un Dios que dice: 'Los días se acercan'. ¡Necesitamos profetas que hablen de paz para este día! Por si no te has dado cuenta, Jeremías, hay como un millón de babilonios fuera de estos muros, todos ellos armados hasta los dientes.

Están planeando matarnos o llevarnos a la esclavitud, ¿y todo lo que tu Dios tiene que decirnos es que 'los días están llegando' cuando cumplirá sus promesas? Jeremías, no nos importa "esos días".

Hoy día tenemos la misma situación, muchos no quieren escuchar las ricas promesas de Dios, quieren cosas materiales y tener sus días buenos.

No pasó mucho tiempo antes de que Jerusalén cayera en manos de los babilonios, como había predicho Jeremías. Aquella hermosa ciudad de Dios fue destrozada -sus grandes murallas derribadas- y el templo de Dios saqueado y destruido. El príncipe de la ciudad fue llevado ante el general babilónico, que mató a sus hijos ante sus ojos y luego ordenó que le sacaran los ojos. Y él y la mayoría del pueblo fueron llevados encadenados a una vida de exilio en la lejana Babilonia.

II.

Pero los pocos de ellos que todavía depositaban sus esperanzas en las promesas de la Palabra de Dios a través de Jeremías no iban a quedar decepcionados. A pesar de las dificultades presentes -dificultades amargas- se aferraron a las dulces promesas de Dios.

A pesar de las dificultades presentes, y quizás en parte a esas dificultades,

no pusieron su corazón en su propio día, sino en los días venideros. (Un día nos encontraremos con estas personas fieles, y nos alegraremos con ellas, cuando Jesús vuelva a reinar sobre nosotros para siempre).

"Los días están llegando", prometió Dios. Y así fue. Seiscientos años después -en el momento perfecto de Dios- Dios hizo brotar una nueva rama del linaje del rey David. Su nombre; Jesús, el propio Hijo de Dios, y vino a Judá y a Jerusalén para cumplir todas las promesas que Dios les había hecho. Conquistó la muerte, el pecado y el infierno. Restauró la relación entre Dios y su pueblo. Ganó la victoria eterna para el pueblo de Dios sobre todos sus enemigos: seguridad eterna para ellos, alegría eterna, un reino eterno.

"Esos días" -los días de Jesús- son la fuente de verdadera ayuda y consuelo de Dios para su pueblo -también para nosotros, que vivimos en 2021. El significado y el poder de la vida terrenal de Jesús se extiende mucho más allá del día en que ascendió al Padre y se ocultó en las nubes. La fuerza salvadora y el favor misericordioso de Dios para ti hoy están arraigados y anclados en "aquellos días": en la vida y la obra de Jesucristo, venido en carne por ti, hace dos mil años.

Por eso la Iglesia observa un año eclesiástico, un año litúrgico, año tras año, enseñando la vida de Cristo, una y otra vez. Desde el Adviento y la Navidad y la Epifanía, hasta la Cuaresma y la Pascua, y la Ascensión y Pentecostés, nuestras lecturas de las Escrituras y los himnos dirigen nuestra atención a la vida y la obra salvadora de Jesucristo.

El año eclesiástico dirige nuestra atención a "esos días", que Dios nos dice que son los más importantes para nosotros. Y así, al comenzar hoy otro año eclesiástico en este primer domingo de Adviento, fijamos nuestra mirada, ponemos nuestro corazón, en "esos días".

Esos son los días que más importan. Al escuchar en las Escrituras la vida de amor de Jesús hace dos mil años, nos encontramos con su revelación del verdadero corazón de Dios, su profundo amor y el verdadero modelo y sentido de la vida. Cuando comemos este pan que es su cuerpo y bebemos este cáliz que es su sangre, lo hacemos en recuerdo de los días de la obra salvadora de Cristo; proclamamos la muerte del Señor hasta que venga.

Gracias a la muerte de Jesús, hace dos mil años, todo tu pecado y tu culpa quedan eliminados hoy. En la pila bautismal, cuando el Señor nos da una nueva vida en el Santo Bautismo, lo hace por el poder de la resurrección de Cristo. Gracias a su resurrección hace dos mil años, hoy tienes la prenda de la vida y la gloria eternas.

Algunos días son más importantes que otros, más destacados, más especiales, más cruciales. Para los que conocen a Jesús, esos días, sus días, son los más importantes y queridos de todos.

A lo largo de este sermón, hemos estado mirando hacia atrás, hacia los días de Jesús. Pero hay otro gran día; Jesús lo llama "ese día". Ese día aún está por llegar, nos ha prometido nuestro Señor Jesús, cuando los cielos de arriba serán sacudidos y veremos a Jesús viniendo en las nubes con poder y gran gloria. Al igual que fijamos nuestros ojos en aquellos días de hace dos mil años, los días de nuestro Señor Jesús, también velamos por ese día, tal y como nos anima nuestro Señor.

En el torrente de vuestras preocupaciones e inquietudes cotidianas, queridos amigos, poned vuestros corazones en ese día. Y cuando lo veáis venir en las nubes, "enderezad y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redención" (Lc 21, 28).

Por su obra salvadora en su primera venida, cuando Jesús venga por segunda vez, resucitará a todos los muertos y dará vida eterna y un lugar en su reino eterno a todos los que confíen en él.

Todos sus santos se levantarán del polvo en ese día, y brillaremos con ellos como las estrellas por los siglos de los siglos. Jeremías estará allí, y los que confiaron en las palabras de Jeremías.

"En aquellos días Judá se salvará, y Jerusalén habitará con seguridad" (v 16). En ese día, todos nuestros problemas llegarán a su fin. Y Dios y su Mesías, el Rey Jesús, reinarán por los siglos de los siglos. Por fin, establecerán la justicia y la rectitud en la tierra. Nuestro Señor Jesús, nuestro Rey, establecerá la justicia y la rectitud en nosotros y entre nosotros. Ese día llegará pronto, nos promete Jesús.

Algunos días son más importantes que otros. Despierta tu poder, Señor, y ven.

Amén.